



¿Por qué un seminarista tiene que estudiar griego?

JOSÉ RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ

Profesor de Griego
Instituto Teológico San Fulgencio
Murcia

Agradezco sinceramente la ocasión que me brinda el Director del Instituto Teológico San Fulgencio, Don Juan Carlos García Domene, para ofrecer esta humilde reflexión sobre la necesidad del estudio de la Lengua Griega y el Griego Bíblico en los estudios de *Baccalaureatus in Theologia* en el marco incomparable del aniversario del 425 aniversario de la fundación de nuestro querido Seminario Mayor de San Fulgencio. Esta efemérides es una ocasión excelente para dar gracias a Dios desde una memoria agradecida y para encomendarnos a Él con el deseo de mantenerlos en la fidelidad a Él y a su Palabra, puesto que de ninguna manera podemos olvidar que este centro tiene su razón de ser en la revelación de Jesucristo, hecho hombre, que nos muestra al Padre y nos envía su Espíritu.

Empezaré con una pequeña mención autobiográfica porque no debo recomendar la necesidad del estudio de una asignatura sin la convicción de que para mí ha sido y es importante y necesaria.

Hace 30 años un joven seminarista menor preguntaba a sus compañeros qué convenía más estudiar para prepararse a los estudios teológicos si ciencias o letras en el tercer curso de Bachillerato y C.O.U. La respuesta fue clara: la mejor opción es letras si tienes claro que quieres entrar al Seminario Mayor, si tienes dudas mejor ciencias porque luego te permite más posibilidades de no ser

así. Es obvio que no todos los seminaristas menores pasan al Seminario Mayor pero en ese momento para mí no era imaginable otra opción. En concreto me comentaban la conveniencia del estudio del Griego para la Sagrada Escritura.

Con el paso del tiempo y sus avatares (Licenciatura y Doctorado en Clásicas, Ordenación Sacerdotal y 16 años de profesor de Griego) percibo que la elección de letras ya en el Bachillerato con la opción de Griego fue plenamente acertada. En aquella época el estudio del Latín y del Griego en el plan de *Baccalaureatus in Theologia* era escaso en cuanto al número de horas. Con el nuevo plan de estudios, a Dios gracias, se ha mejorado y toca reivindicar su lugar. Indiscutiblemente el conocimiento de la lengua de Homero, Platón, Aristóteles, Píndaro, Tucídides y un larguísimo etcétera no sólo es buena para permitir el acceso a una más que recomendable cultura general, sino que permite un acceso más cualificado al estudio de la Sagrada Escritura, lo que redundará en su mayor conocimiento y, por tanto, una mayor posibilidad de explicación más profunda de la misma por medio del ministerio de la homilía.

A veces toca oír por parte de algún alumno que no es necesario estudiar tanto para el ministerio, pero puedo decir por mi experiencia en el confesonario, en la dirección espiritual, en la homilía o en cualquier otro ámbito que no es así. Estudiar nunca sobra y todo lo aprendido no sólo puede ser usado sino que nos ayuda a ser creativos y a tener la mente adecuadamente estructurada. Estamos en unos tiempos que nos obligan a ser creativos y no basta simplemente con aplicar recetas de un manual. En esta época digital toca reivindicar el valor del libro y de la formación libresca asumiendo los elementos digitales.

Para profundizar en la importancia del Griego os propongo un fugaz viaje al pasado. Alejandro el Macedonio o Alejandro Magno consiguió con apenas 23 años aproximadamente un gran imperio que llegaba hasta la India en su obsesión por alcanzar una fama imperecedera para los siglos posteriores. Era movido por ese deseo intensamente y quería imitar las hazañas de Aquiles, el héroe de la guerra de Troya que los griegos habían librado contra aquella ciudad de Asia Menor, motivada según la tradición por el adulterio de Helena que, casada con Menelao de Esparta se había fugado con el príncipe Paris a la ciudad de Troya. Si bien, también se considera la posibilidad que fuera la cuestión del comercio el motivo de dicha guerra, dado el estratégico emplazamiento de dicha ciudad entre Asia y Europa. Ese gran imperio tenía una lengua común como elemento vehicular, el Griego con la base del dialecto ático pero incorporando rasgos idiomáticos de los diversos pueblos. “La *koiné* helenística es, por lo tanto, la lengua que deriva de la evolución del dialecto que, cultural y literariamente, se impuso en Atenas como consecuencia de la expansión del imperio, resultante de las conquistas de Alejandro, en contacto con comunidades representativas de

los demás dialectos y con los pueblos de los territorios conquistados. Esta lengua común asumió algunas características del jonio, por la proximidad de este dialecto con el ático, y sufrió naturalmente la influencia del habla de cada una de las naciones conquistadas. Como ninguna lengua es estática, la *koiné* sufrió también los efectos de toda una evolución fonética, morfológica, sintáctica y semántica que, con el tiempo, llegaron a ser características diferenciadoras del ático, controladas o atenuadas por la influencia continua de la literatura clásica. Las diferencias son obviamente más evidentes en la *koiné* vulgar, observándose entre ésta y la *koiné* literaria una distancia cada vez mayor. Para intentar contrariar esta tendencia a la diversificación y para alcanzar la plena instauración de la *koiné* –más o menos literaria o más o menos vulgar– apareció la corriente aticista...

La *koiné* vernácula o vulgar es la lengua del hablante común. Se encuentra, sobre todo, en los papiros descubiertos en Egipto como expresión viva de la lengua franca de la época. La *koiné* literaria representa una forma lingüística más conseguida y estructurada. Es la lengua utilizada por los estudiosos, los académicos y los escritores. Las diferencias son en el fondo mínimas y no se distancian mucho de las que se verifican hoy entre nosotros en contextos lingüísticos y literarios parecidos. Esta última aparece especialmente con variaciones más o menos acentuadas, en las obras de autores como Polibio, Josefo, Filón de Alejandría, Diodoro, Estrabón, Epicteto y Plutarco. La *koiné* bíblica y la de algunos papiros, se sitúa más o menos a medio entre estas dos tendencias. Se trata de la lengua hablada la mayoría de las veces por quien tiene una formación escolar media. Se presenta de manera generalmente correcta, pero sin sutilezas de una *koiné* puramente literaria. Se trata posiblemente de la representación más generalizada y completa de las diversas variantes de la *koiné* helenística, porque contempla obras que van de su expresión más literaria a la más próxima al hombre común en su expresión cotidiana.¹⁷

Esta base común estaba ya en fase embrionaria en la política expansionista de Atenas en época de Pericles que acabó con las supremacías posteriores de Esparta y Tebas, pero que sirvió a Alejandro en su proyecto. Sin embargo, Alejandro murió pronto (sin dejar nombrado heredero) y tras varias luchas intestinas, el gran imperio se fragmentó y sus generales se convirtieron en reyezuelos.

El reino de Egipto entre los años 285 a 246 a.C. tuvo en el poder a Ptolomeo II Filadelfo. En Alejandría había una floreciente comunidad judía que necesita-

1 ALEXANDRE JÚNIOR, M., *Gramática de Griego Clásico y Helenístico*, Herder, Barcelona 2016, p. 22-23.

ba traducir del Hebreo sus Escrituras por dos motivos: haber olvidado en parte dicha lengua y además poder ofrecer al rey la forma en que querían gobernarse.

Este hecho fue posible por el clima de tolerancia por parte del monarca y su deseo de buscar sinceramente el bien de todos sus súbditos aceptando las particularidades de cada uno. Este concepto se expresa en griego con el término φιλανθρωπία² que los latinos asumirán en el término *humanitas*. Esta forma de gobierno se opone al τύραννος, que en nada tiene en cuenta a sus súbditos. En el texto que nos ocupa se utiliza también este término para aplicarlo a Dios³.

Dicha traducción del Hebreo al Griego se llevó a cabo en la corte de Alejandría y ha pasado a la historia con el nombre de *Septuaginta*, puesto que se atribuye a 72 sabios (6 por cada una de las tribus de Israel) el haberla llevado a cabo y haber conseguido obtener la misma traducción⁴. Este es el testimonio de la traducción que refleja la *Carta de Aristeas* (301-311) y Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos* XII, 103-111, aunque, según san Jerónimo ambos textos no aclaran bien este detalle⁵. Si bien en Filón de Alejandría, *De vita Mosis*, II, 37, se encuentra junto con la afirmación de que es una escritura inspirada por el Espíritu de Dios.

Este hecho, que puede parecer algo propio de un pueblo, sin embargo, fue la ocasión para que las Escrituras del pueblo hebreo se insertaran en el mundo globalizado de la época y pudieran expandirse por el mundo entonces conocido. Fue utilizada por los judíos, ofrecida a los prosélitos (figura de gentiles en búsqueda en un mundo al que le costaba ya creer en el panteón grecorromano) y utilizada por los mismísimos cristianos como podemos percibir en los mismos *Evangelios*. Es destacable la labor de inculturación que supone. Podemos destacar para ejemplificar el uso de nuevos títulos divinos más acordes con la mentalidad helenística: παντοκράτωρ “todopoderoso”, ἀντιλήμπτωρ “protector”, βοηθός “auxilio”, ὑπερασπιστής “defensor”⁶. Junto a esto, aporta una nueva visión en la que se afirma más la trascendencia de Dios que en la Biblia *Hebrea*⁷.

2 BONS, E.-SCIALABBA, D.-CANDIDO, D., *La Septuaginta, ¿por qué resulta actual la Biblia griega?*, trad. esp. Verbo Divino, Navarra 2017, p. 105-124.

3 Sabiduría 12,18-19 entre otros textos.

4 FERNÁNDEZ MARCOS, N., *Septuaginta. La Biblia Griega de judíos y cristianos*, Sígueme, Salamanca 2008, p. 23.

5 BONS, E.-SCIALABBA, D.-CANDIDO, D., *La Septuaginta, ¿por qué resulta actual la Biblia griega?*, trad. esp. Verbo Divino, Navarra 2017, p. 17.

6 *Idem*, p. 29.

7 *Idem*, p. 27.

Durante mucho tiempo se creyó que *Septuaginta* era simplemente una mera traducción sin más del Hebreo pero los estudios más recientes a cargo de Natalio Fernández Marcos, que ha realizado la proeza de reunir un equipo que ha realizado la primera traducción al español de dicho texto, nos permiten vislumbrar que algunas de las partes de esta obra son variantes que no aparecen la *Biblia Hebraea*. Indiscutiblemente fue el texto del *Antiguo Testamento* que usaron los primeros cristianos, que utilizaban en sus asambleas litúrgicas y el que se usó en Oriente y Occidente hasta el siglo V en que se impone en Occidente la *Vulgata*, obra de San Jerónimo. Por otro lado, hay que destacar que todo el *Nuevo Testamento* fue escrito directamente en Griego, con la excepción hecha del hipotético *Evangelio de San Mateo* en hebreo que no se nos ha conservado.

Es indiscutible que el naciente cristianismo heredó las Escrituras hebreas, traducidas al Griego helenístico y ampliadas en una colección de libros y suplementos que faltaban en la *Biblia Hebraea*⁸. Sólo con el correr de los años apareció una nueva colección de libros sagrados llamada *Nuevo Testamento*, que se formó en un diálogo intertextual permanente con el texto de *Septuaginta*. La elección de dicho texto frente a la *Biblia hebraea* tuvo lugar porque ofrecía más posibilidades para la interpretación de cumplimiento de las promesas mesiánicas en la figura de Jesús de Nazaret. “El famoso pasaje de *Mateo* 1,23 sobre la virgen que va a concebir, en el que recurre a la profecía de *Isaías* 7,14 para probarlo, cita el texto de *Septuaginta* que traduce por παρθένος, “virgen”, el hebreo *’almah*, “doncella”⁹.” Veamos ambos textos:

Mateo 1,23: Ἰδοὺ ἡ παρθένος ἐν γαστρὶ ἔξει καὶ τέξεται υἱόν, καὶ καλέσουσιν τὸ ὄνομα αὐτοῦ Ἐμμανουήλ, ὃ ἐστὶν μεθερμηνευόμενον Μεθ’ ἡμῶν ὁ θεός.

“He aquí que la doncella estará embarazada y dará a luz un hijo y le llamarán Emmanuel, que significa Dios con nosotros”.

Isaías 7,14: διὰ τοῦτο δώσει κύριος αὐτὸς ὑμῖν σημεῖον· ἰδοὺ ἡ παρθένος ἐν γαστρὶ ἔξει καὶ τέξεται υἱόν, καὶ καλέσεις τὸ ὄνομα αὐτοῦ Ἐμμανουήλ·

“Por esto el Señor en persona os dará una señal: he aquí que la doncella estará embarazada y dará a luz un hijo y le llamarás Emmanuel”.

El subrayado muestra que hay una parte de la cita totalmente literal. Empieza con el imperativo ἰδοὺ que está adverbializado, equivaliendo a una interjección, con un marcado valor deíctico, que pretende llamar la atención sobre la profecía.

8 FERNÁNDEZ MARCOS, N., *Septuaginta. La Biblia Griega de judíos y cristianos*, Sígueme, Salamanca 2008, p. 88-91.

9 *Idem*, p. 90.

Junto a esto, ἡ παρθένος es el sustantivo para designar a la Virgen que, estará embarazada y dará a luz, lo que constituye el milagro.

Los verbos ἔξει καὶ τέξεται están en futuro para indicar que el hecho se realizará más adelante en el tiempo, por lo que es una profecía, pero la rotundidad de la afirmación deja poco lugar a dudas sobre su realización.

“En otras palabras, la lectura cristiana que los autores del *Nuevo Testamento* hacen del *Antiguo* se apoya en la *Septuaginta*. Los influjos de la *Septuaginta* con los autores del *Nuevo Testamento* son múltiples y se pueden observar a distintos niveles:

1. en la configuración de la lengua, pues aunque el *Nuevo Testamento* está redactado íntegramente en griego, imita el estilo de *Septuaginta* y tiene numerosos semitismos lexicales y sintácticos;
2. la *Biblia griega* constituye la principal fuente de citas del *Antiguo Testamento* en el *Nuevo*;
3. la *Septuaginta* es fuente de inspiración para la redacción de numerosos pasajes del *Nuevo Testamento*.¹⁰”

Además conviene considerar que el griego fue desde el origen la lengua utilizada en la liturgia, que, a partir del siglo II d.C. empezó a ser sustituido por el latín en la parte occidental del Imperio Romano, concretamente en el norte de África, como prueba el hecho de que San Agustín no conoció el griego, hasta que en el siglo V d. C. se impuso de forma definitiva la *Vulgata*, pero siguió siendo utilizado en la parte oriental y todavía hoy es usado en la liturgia griega tanto ortodoxa como católica.

No creo que sea necesario insistir demasiado en la importancia de la Palabra de Dios para un cristiano. La Palabra de Dios es el mismo Jesucristo y crecer en el conocimiento de la Palabra de Dios es crecer en el conocimiento de Jesucristo. Solamente desde el conocimiento de la Palabra de Dios se puede vivir como cristiano, si no caemos en el riesgo de confundir nuestra fe con ideologías o moralismos, error que, en parte, es una de las causas de la secularización que padecemos. Quizá por eso, en el tiempo que nos toca vivir necesitamos sacerdotes que conozcan bien la Palabra de Dios para hacer discípulos de Jesús y el conocimiento de esta lengua tan antigua es necesario para ello. No es una lengua muerta sino que está viva como viva está la Palabra de Dios que, gracias a ella, pasó de un pueblo para darse a conocer a la humanidad entonces conocida.

10 FERNÁNDEZ MARCOS, N., *Septuaginta. La Biblia Griega de judíos y cristianos*, Sígueme, Salamanca 2008, p. 90.

Junto a esto, hay tres acontecimientos que nos invitan a considerar más aún el estudio de dicha materia: la publicación del documento *El don de la vocación sacerdotal. Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis* publicado por la Congregación para el Clero, el 425 aniversario de la fundación del Seminario San Fulgencio y el 500 del fallecimiento del cardenal Cisneros.

El 8 de diciembre de 2.016 se publicó el documento *El don de la vocación sacerdotal. Ratio fundamentalis institutionis sacerdotalis*. En él, el Santo Padre, ante la realidad de los tiempos presentes, hace una viva exhortación a intensificar la formación en los seminarios. Un hecho no debe pasar desapercibido: la gestión de los seminarios ha pasado en la Santa Sede de la Congregación para la Educación Católica a la Congregación para el Clero. Hay una preocupación porque la formación de los sacerdotes sea lo más exhaustiva posible y pueda responder a las dificultades de esta nueva época. Y dentro de esa formación no puede faltar bajo ningún concepto ni el estudio concienzudo de la Escritura ni el Griego como instrumento para ese estudio. La Iglesia en su historia bimilenaria ha tenido momentos de crisis y siempre ha sido un revulsivo ir a los orígenes, ahondar en el estudio de la Palabra de Dios.

Hay una figura poco apreciada y conocida por ser español y eclesiástico, el Cardenal Cisneros que vivió entre los años 1.436 y 1.517. Fue una figura destacada de la época al desempeñar las funciones de confesor de la reina, arzobispo primado, inquisidor general, cardenal, reformador de la Iglesia¹¹ junto con hombre de estado y mecenas cultural. Su labor fue el caldo de cultivo para la aparición de una pléyade de santos y su profunda reforma de la Iglesia en España impidió la entrada de la reforma protestante. La tarea por la que le recuerdo ahora es por la publicación de la *Biblia Políglota Complutense* en Latín, Griego, Hebreo e incluso Arameo. Para esa tarea no escatimó en recursos ni en solicitar la ayuda de conversos judíos. En Cisneros el interés por las lenguas clásicas no es por mero afán erudito sino que concibió esta como instrumento para el estudio de la Escritura de los candidatos al sacerdocio.

Fruto del interés por mejorar la formación de los sacerdotes que percibimos por aquella lejana época y siguiendo las directrices del Concilio de Trento, Sancho Dávila, Obispo de la Sede Cartaginense, el 19 de agosto del año del Señor de 1.592 erigió el Seminario Conciliar del Señor San Fulgencio del que somos herederos. Dicho seminario en el siglo XVIII se convirtió en Facultad que impartía tres grados: Bachiller, Licenciado y Doctor, como atestigua el escudo. Mantuvo un enorme prestigio hasta casi finales del siglo XX cuando hubo

11 PALOMARES, J., *El cardenal Cisneros. Iglesia, Estado y cultura*, San Pablo, Madrid 2017.

de trasladarse a Granada por un tiempo. Hoy nosotros, sus herederos, estamos llamados a imitar esa época gloriosa para la gloria de Dios y la salvación de los hombres, no por vanagloria.

Dios es el mismo ayer, hoy y siempre; su Palabra es la misma ayer, hoy y siempre. Él se revela a los hombres como atestigua la historia: a los traductores en la corte de Alejandría que lo buscaban, a los redactores del *Nuevo Testamento*, al cardenal Cisneros en su inquietud por la formación de los futuros sacerdotes y también al Obispo Sancho Dávila y al cabildo catedralicio que lo acompañaba.

También a nosotros hoy se nos revela y nos invita a entrar en una mayor comunión con Él. Por lo que necesitamos empaparnos cada día más de su Palabra para poderla comunicar a los demás. El mundo está cansado de ideologías, palabrerías y chabacanería, de modo que, aún sin saberlo, necesita y ansía conocer la Palabra de Dios y encontrar un sentido a su vida. El Griego es una ayuda en ese conocimiento y su estudio necesario aun cuando tiene sus dificultades.

Por todo lo anteriormente dicho me uno al Santo Padre, el Papa Francisco; a nuestro Obispo, Don José Manuel y a nuestro Director, Don Juan Carlos García Domene en la invitación y exhortación a profundizar y ahondar en el estudio, en general, y en el estudio del Griego, en particular, junto con una tradición que ha visto en esta lengua una ayuda inestimable y se ha decidido a aprovecharla.